

972
D838m

4 junio 79

F1234
D83

MEJICO PACIFICADO



FSRM
8202

LIBRO I.

A QUE PRECIO HEMOS COMPRADO EL
PROGRESO MATERIAL.

“ De même que le dernier soldat d’une armée peut quelquefois d’une flèche embrasée détruire la plus solide forteresse de l’ennemi, de même l’homme le plus faible, quand il se fait le champion courageux de la vérité, peut renverser les plus solides remparts de la superstition et de l’erreur. ” — “ Un texte de Manou. ” Jacolliot, La Bible dans L’Inde.

COPYRIGHT, 1904,
BY
HUGHES & CO.
PRINTERS AND PUBLISHERS,
St. LOUIS.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Esta obra no es un libelo. Escrita por un mejicano, es para los mejicanos. Para que en ella vean, palpen nuestras miserias sociales y políticas, sobre todo políticas, mas no para fomentar discordias que debilitan y minan el basamento de la resistencia nacional, el cual estriba especialmente en el fraternalismo fortificado por el alto sentimiento de Patria.

Pero importa, sin embargo, tener bien presente, que, "amándose en la Patria, se puede sin contradicción diferir en los principios."

Por eso desde luego negamos con toda la energía de la indignación, el sentido inmoral é intencionado que los partidarios de la autocracia en Méjico—ó los que mediante ella se benefician—han pretendido dar al proloquio antiguo: "la unión constituye la fuerza," por que tal proloquio, en lo físico, entraña una verdad demostrable; en lo moral, ó no tiene sentido alguno, ó su aplicación es limitada y débil: fácil, en todo caso, de conducir al error. "Más pueden mil hombres que ciento"—verdad es; si se

trata de terraplenar caminos ó de luchar á fuerza de puño; pero vale más *uno* que mil, si, en estadio distinto, este *uno* nos predica la verdad, contra la turba-multa de los eunucos y de los ignorantes. El autor de "*El Precepto de Oro*," fué *uno* en China; Zoroastro fué *uno* en Persia, Manou fué *uno* en la India, Cristo fué *uno* en el mundo de los Césares. Bastaron dos hermanos helenistas, Juan y Constantino Lascaris, dos Pontífices, Julio II y León X, y un conquistador Francisco I, para que del fondo de las tinieblas de la Edad Media, se levantasen con auroral resplandecencia los dioses muertos y las ninfas de la Hélade, y para que de nuevo del Helicón al Parnaso se abriera la pista de los pasados triunfos, de nuevo se escuchase la musa vencedora de Píndaro, y los mirtos y el laurel y el encino coronasen otra vez frentes divinas, de quienes, infantes y en hora venturosa, sintieron en sus tiernos labios el calor del beso hierático de Apolo, Juno, ó de Minerva,

No; no le digáis jamás á un pueblo tiranizado: "la unión constituye la fuerza," por que equivale á incitarle á la protesta armada; y hay ocasiones en que es de preferirse naufragar en las Syrtes, si más cercanas están ellas de la Patria.

El gran filósofo Ernesto Renán, decía: "el único soberano de derecho divino es la razón. La mayoría no tiene fuerza, sino en cuanto representa á la razón." Y nosotros añadiremos que, en el orden

moral, en el cual quedan incluídas la Sociología y la Política, "*la desunion constituye la fuerza.*" En otros términos; la razón última está, no en *uno*, sino en los dos, diez ó más disquiscentes, que sostienen el pró y el contra de la tesis. Pero donde *la Union* nos dice: "no discutáis," como quiera que aún no hallamos llegado á la perfección suprema milenaria, debemos entender: "cree, ú obedece." Y en este caso, "creen" por mandato, los pueblos primitivos, ó los tiranizados por el fanatismo rojo; y "obedecen" sin protesta, los pueblos abyectos, corrompidos, ó transitoriamente amenazados por un brazo de hierro, dispuesto á herir. En este caso, *la Union* en la baja, tiene otro nombre: se llama *Ignominia Nacional*.—Soportemos el yugo, en buena hora, pero, al menos, que haya protesta.

¿Que *alla* no se puede alzar la voz libre, por que la Tiranía vela; bien, el pensamiento puede volar donde quiera que hay horizontes libres, por eso no existe el destierro para la idea. Cuando Napoleón III imperaba tiránico en Francia, esa patria augusta de la emancipación del Pensamiento, Victor Hugo huyó á Guernesey, miserable islote batido por las tempestades, ¡siempre menos bellas que las que se agitaban en su alma de patriota!—Michelet fué á Bélgica, á estigmatizar desde allí á todos los tiranos del mundo; y aún historiógrafos como Villemain, periodistas como Quinet, políticos como Thiers, poetas como Lamartine, antes que vivir en su patria deshonrados y amordazados por la tiranía, prefirieron

el destierro; por que, como Castelar dijo, "no parece patria, patria que no es libre."

Sabemos que en Méjico abundan los que, hechos al actual orden de cosas, consideran de buena fe nuestro mal como un mal inevitable; creen de buena fe que D. Porfirio Diaz es un hombre *necesario* al frente de nuestro gobierno. Pues bien, á estos debemos responderles con las palabras de uno de los más grandes pensadores de que se enorgullece la Francia: "Es un crimen para los gobernantes el haberse hecho necesarios y haber mantenido á muchos hombres en tal envilecimiento, que estos no puedan rechazar espontáneamente grillos y vergüenza. Asombrábase Falloux de que el Estado llano de 1789, pensase en vengar á *padres que no se habian creído ofendidos*. Verdad es; y lo más irritante, lo que clamaba venganza, era que aquellos padres, efectivamente, no se creyeran ofendidos."

Con todo, fuerza es repetirlo, no va por manera alguna encaminada esta obra, á despertar los antiguos odios y sed de venganza, puesto que hemos repasado más de una vez la historia moderna de nuestro pueblo, y en ella hemos aprendido, cómo de la sangre sólo pueden brotar iniquidades, cómo una revolución llama á otra, y de aquí la inestabilidad de los gobiernos, la anemia nacional, el caudillaje, el militarismo á flote, la corrupción, la muerte de la conciencia pública, el peligro más real y más cercano cada día, de la intervención extranjera.

Pero no debe olvidarse, que "el querer evolucionar es parte principal de la evolución,"—por eso el Japón deshizo, en algo más de treinta años, las concreciones feudáticas de muchos siglos—y que no hay tiranía que se sostenga, contra la *voluntad* en contrario de un pueblo viril que protesta, aún sin echar mano del nefario recurso de las armas. Una desgracia nacional, un castigo infamante, purgó á Francia de la ralea napoleónica. ¡Díós salve á Méjico de otro que se le parezca!

Tampoco será nuestro libro, un desahogadero infesto de malas pasiones; porque pretendemos obrar con rectitud, y aunque los desaciertos, los crímenes á que haremos referencia—detalladamente algunas veces—nos son familiares, desconocemos, como filósofos, á su verdadero autor. Los crímenes de los tiranos, son casi siempre el gran crimen del pueblo que los hizo posibles.

Mucho menos iremos á mojar nuestra pluma en las letrinas, para describir luégo el sagrado que protege el hogar y el honor del hombre. Políticos son nuestro tema, y sobre sus desaciertos, errores ó crímenes en política, inflexible se esgrimirá nuestra pluma.

Si alguna vez, en estas páginas, figura nuestro nombre entre las víctimas de la tiranía, téngalo presente el lector, pues más no le pedimos, que nos sea acordada, imparcialmente, la parte de razón que á su buen juicio nos juzgue acreedores.

ADOLFO DUCLÓS-SALINAS.